

10 | La doble inactividad de la población joven de Toluca ¿condicionante de la movilidad?

Emma Liliana Navarrete López¹ y Rosa Patricia Román Reyes²

Términos clave: movilidad, estudio, trabajo, población joven.

Introducción

La juventud no se puede entender únicamente como un rango de edad estandarizado o como un proceso biológico homogéneo. El desarrollo de los jóvenes requiere ser estudiado como un proceso multidimensional, como un momento de transición a la vida adulta, la cual se asocia con la independización económica y familiar, la finalización de los estudios universitarios y la introducción al mercado laboral (Moreno *et al.*, 2012).

Para llegar a la adultez de manera satisfactoria, normalmente se prepara a los jóvenes dentro de dos esferas: la educación y el empleo. No obstante, cuando estos procesos no se presentan de modo lineal en las biografías de los jóvenes, debido a su toma de decisiones o a las problemáticas del sistema laboral y educativo, la transición a la adultez se aplaza y se viven situaciones que representan una ruptura en las expectativas sociales con respecto a ellos.

Cuando los jóvenes se encuentran en una situación de no estudio y no trabajo son llamados *ninis*, término que comenzó a usarse de manera coloquial hace unos años para referirse a ellos. Sin embargo, socialmente se les atribuyó otro tipo de características, un ejemplo claro se muestra en la Encuesta Mexiquense de la Juventud aplicada en el año escolar 2013-2014, donde una de las preguntas realizadas era ¿Cómo definirías a los jóvenes que no estudian ni trabajan? Y las opciones eran: incomprensidos, marginados, ninis, flojos, conformistas y otro (IMeJ, 2014). Parece que desde la propia definición las opciones son sesgadas y evidencian una percepción negativa acerca de esta situación y refleja parte de lo que se piensa socialmente sobre esta condición.

¹ Profesora investigadora, El Colegio Mexiquense (enavarr@cmq.edu.mx).

² Profesora-investigadora, Centro de Investigación y Estudios en Movilidades y Migraciones Internacionales, Universidad Autónoma del Estado de México (promanreyes@yahoo.com.mx).

Es indiscutible el hecho de que la migración juvenil es un poderoso agente de cambio y desarrollo en el mundo, pero es también el reflejo de la falta de oportunidades a la que está expuesta una proporción significativa de la población joven en nuestro país y en nuestra entidad en particular. En un mundo cada vez más globalizado e interconectado, en el que cada vez más personas deciden salir de su país, la población joven al tiempo que juega un papel relevante en el sostenimiento de las economías locales y regionales, se enfrenta al reto de la exclusión del mundo laboral y educativo, tanto como al desafío que supone la mera supervivencia en sus hogares.

¿Hasta dónde la movilidad puede romper con esta condición, en qué medida el desplazamiento se relaciona con la posibilidad de superar la posición de no estudio y no trabajo de la población joven de la ciudad de Toluca? A partir de la revisión de algunos datos y de la discusión teórica sobre el fenómeno, se pretenden aportar algunos elementos de análisis sobre el tema.

La población joven: categoría analítica y realidad social

Ser joven es una condición en la que intervienen diversos factores, por lo que a la hora de definirla existen múltiples perspectivas. A partir del hecho de que “hay distintas maneras de ser joven en el marco de la intensa heterogeneidad que se observa en el plano económico, social y cultural” (Margulis y Urresti, 1998: 1) es posible afirmar que para definir a la juventud y en consecuencia a los jóvenes es necesaria una visión que incluya además de categorías biológicas, también algunas otras que respondan a lo social y cultural, con el fin de esclarecer la complejidad que implica el ser joven bajo escenarios y condiciones de vida específicos, pues tal y como afirman Margulis y Urresti (1998), no hay en el mundo una única juventud.

Existen tan variadas formas de ser joven, como culturas y condiciones sociales hay en el mundo y es que a la hora de determinar a este sector de la población el panorama es diverso y complejo. Margulis y Urresti (1998) enuncian que la conceptualización de la juventud dependerá de características como la clase, el lugar de residencia, la generación a la que pertenece, la cultura, los comportamientos, las formas de sociabilidad, el género, el lenguaje y los referentes identitarios.

Bajo esa misma perspectiva de entender a la juventud como una condición multifactorial, Urcola (2003) propone observar a los jóvenes desde variables bio-psico-sociales. Desde ese punto de vista, la población joven pertenece a un grupo

social con determinada edad. En México, según el Instituto Mexicano de la Juventud (2012), esa población se encuentra en los rangos de 12 a 29 años, los cuales pueden variar de acuerdo con el país y también presuponen “[...] un estado provisional de pasaje entre una etapa de la vida y otro ya que es una categoría de edad a la que los sujetos no pertenecen, sino que la atraviesan” (Urcola 2003: 42). Dado esto, la edad puede servir también como un indicador para observar que en esa etapa de la vida humana existen cambios a nivel físico y mental, pues se atraviesa por la pubertad y posteriormente la adolescencia.

Aunado a lo anterior, se advierte que es en el plano de lo social en donde la juventud se construye de diferentes formas, una de ellas (y tal vez la más común), según expone Lozano (2003), es definir al joven desde el mundo de los adultos o el de las instituciones y a partir de ahí la autora identifica que han surgido cuatro tendencias “tradicionales” para explicar la juventud. La primera, en la cual se ve a los jóvenes como seres que atraviesan una etapa, la juventud se percibe como algo transitorio y por lo tanto no digna de una inversión de recursos o de preocupación alguna. La segunda apoya la idea anterior sobre la juventud como etapa transitoria en la que solo se pueden absorber recursos pero no aportar ni social ni culturalmente al desarrollo de la sociedad, se ve a los jóvenes como una carga que algún día dejará de serlo al convertirse el joven en adulto. En tercer lugar se encuentran las opiniones que idealizan a los jóvenes, ubicándolos como peligrosos y por ello susceptibles de ser dominados, contenidos o convertidos o bien identificándolos como frágiles y puros. Por último, una tendencia que se encuentra en todas las precedentes, en donde se homogeneiza a la juventud como si todas las personas pertenecientes a esa categoría fueran idénticas, necesitaran lo mismo y se esperaran actitudes y acciones iguales sin importar el lugar.

Todas estas tendencias representan una visión que poco responde a la necesidad de entender a la juventud desde contextos socioculturales específicos, para lo cual se necesita concebir a éste y todos los sectores de la población en general como heterogéneos. En ese sentido, y solo por mencionar algunos puntos importantes, no es lo mismo, por ejemplo, ser joven de una clase social con recursos económicos elevados que con recursos económicos limitados. Desde ese panorama, Margulis y Urresti (1998) explican que, en el segundo caso, la juventud, concebida como una etapa que precede a la adultez y a las responsabilidades de autosuficiencia laboral y monetaria, puede no durar el mismo tiempo cuando se cuenta con una posición acomodada donde la inserción al mercado laboral se dilata más que en la población con bajos recursos.

Por otro lado, las actividades, administración y ocupación del tiempo libre, el grado de estudios, elementos identitarios y hasta la imagen física no serán los mismos si se es parte de una clase social acomodada o por el contrario si no se cuenta con dinero suficiente para satisfacer las necesidades humanas básicas. Los mismos autores agregan que tampoco serán las mismas condiciones de juventud si se es hombre o si es mujer, pues el género también condiciona de qué manera se es joven. En el caso de las mujeres la juventud puede significar una edad propicia para la procreación, aunque la clase social también juega un papel importante en esa condición de género, “podría afirmarse que entre las clases medias y altas, para ser madre hay que ser mujer, mientras que en las clases populares, para ser mujer hay que ser madre” (Margulis y Urresti, 1998: 13), idea que enmarca bien algunos datos relacionados con la edad, la maternidad y la clase social.

Por último, debe agregarse que la idea de joven también difiere institucionalmente, en ese sentido, la familia, por ejemplo, construirá una forma de ubicar lo que significa ser un joven en su interior, los deberes y beneficios que se tienen. Por su lado, el gobierno también dotará de responsabilidades o no a jóvenes de diferentes edades, por ejemplo, en nuestro país los jóvenes menores de 18 años no tienen obligaciones legales ni se les considera como ciudadanos con responsabilidades reglamentarias; en contraste, en Estados Unidos la edad para adquirir responsabilidad y obligaciones legales es a partir de los 21 años, lo cual supone otro modo de entender y definir a la juventud.

Tradicionalmente, los jóvenes han sido estudiados desde la perspectiva sociodemográfica en relación con dos variables analíticas centrales: el trabajo y la educación. Así, los problemas, características y condiciones de acceso al mercado de trabajo de la población joven, como sus rezagos y posibilidades educativas, han dominado el ámbito de las investigaciones.

La mayoría de estos trabajos coinciden en identificar a los jóvenes como un grupo social en condiciones de vulnerabilidad y exclusión (Pérez, 1999; Salvia y Miranda, 1997, en Gandini, 2004) y precariedad (De Oliveira, 2006), tanto para acceder al mercado de trabajo y ostentar condiciones laborales dignas (en términos de salario, contratos, prestaciones y estabilidad), como para ingresar y permanecer en el sistema educativo hasta la finalización de los estudios.

Si se toma en cuenta que tanto el estudio de la participación en la actividad económica, como el análisis de la inserción educativa se enriquece al considerar a los individuos en el contexto de sus unidades domésticas (García y Pacheco, 2000), y en el

entendido de que los hogares, en tanto relaciones sociales que operan sobre la demanda de bienes y servicios, la reproducción de la fuerza de trabajo y las relaciones de la vida cotidiana, actúan como mediadores entre el contexto macroeconómico y los individuos en el nivel micro social, es importante reflexionar sobre la relación entre las capacidades y potencialidades de los individuos para insertarse en los ámbitos laboral y educativo, y las características de la composición y estructura de sus hogares de origen.

Usualmente, los estudios sociodemográficos sobre la familia se han centrado en el análisis del hogar como una manera de abordar las distintas formas en que los grupos domésticos se organizan para llevar a cabo la subsistencia cotidiana y para reproducirse a través del tiempo. El hogar representa una pequeña colectividad social en la cual sus integrantes comparten una identidad (sustentada por lo general en el parentesco) y cierto sentido de solidaridad, derivado de una residencia y una economía común. Esto supone que los miembros de un hogar no solo están unidos por lazos de sangre, adopción o alianza, sino que establecen relaciones interdependientes para satisfacer sus necesidades, y asignar y cumplir deberes y responsabilidades en función de características demográficas y sociales individuales (CONAPO, 2016).

Ahora bien, el estudio de las unidades familiares exige la consideración, como unidades de análisis, del conjunto de personas que ocupan en común una vivienda familiar principal o parte de ella, y consumen y/o comparten alimentos u otros bienes con cargo a un presupuesto común, es decir, el hogar.

Por tanto, en este caso, la unidad del análisis es el hogar, concebido como una unidad de consumo que comparte la residencia y los recursos para comer “[...] una persona o grupo de personas, sean parientes o no, que ocupan la totalidad o parte de la vivienda, comparten la comida y satisfacen en común otras necesidades básicas” (Naciones Unidas, 1994). Destacar el hogar como unidad de análisis posibilita “[...] examinar los comportamientos de los individuos [...] como actores sociales [...] y los procesos reproductivos como unidades de estudio privilegiadas” (Szasz, 1993: 12).³

De esta forma, el hogar es comprendido como el lugar donde los individuos organizan su reproducción cotidiana y generacional y donde ocurre la socialización de los nuevos miembros y el reforzamiento de los significados y motivaciones que fundamentan las actividades del grupo (García y De Oliveira, 1998). En la misma línea de análisis, otros autores señalan más enfáticamente que “[...] la supervivencia

³ Optar por la unidad doméstica como unidad de análisis en esta investigación permite una mirada desde una perspectiva micro, que además posibilita buscar la diversidad dentro de los patrones de comportamiento de la población.

de los individuos depende en gran medida de la unidad doméstica, pues constituye la principal defensa frente a la desocupación, el ingreso personal insuficiente, la vejez o la enfermedad” (Margulis, Rendón y Pedrero, 1981: 298).

Uno de los factores determinantes de la composición del hogar lo constituye la dinámica demográfica, ya que la posibilidad de convivir o no con parientes depende no solo de quienes se reconocen socialmente como tales, sino también de las probabilidades de que éstos sobrevivan en un momento determinado, dados ciertos niveles de fecundidad y mortalidad en la población. De tal modo, la etapa del ciclo vital en que se encuentran los hogares, su número y tamaño, constituyen los principales factores de cambio en la estructura familiar (Goldani, 2001).

Si bien las condiciones socioeconómicas, las nuevas tendencias demográficas y las preferencias por ciertas formas de cohabitación, entre otros factores, influyen en la conformación de los arreglos residenciales, la convivencia en hogares nucleares continúa siendo el modo de vida predominante en México.

Acerca de la población joven que no estudia y no trabaja

Los jóvenes que no estudian ni trabajan son hoy un tema que se presenta a nivel mundial. En la década de los ochenta, en el Reino Unido apareció el término NEET (*Young People not in Employment, Education or Training*) que se refería a los jóvenes de entre 16 y 18 años que no estaban cubiertos por el empleo, la educación y la capacitación o formación. Poco tiempo después el término fue introducido formalmente en todo el mundo, adoptándose en cada país según surgía el fenómeno (Eurofound, 2012). En el caso de los países de habla hispana, el acrónimo usado es nini (jóvenes que *ni* estudian *ni* trabajan) y se remonta al año 2010:

Riva Palacio (17 de febrero de 2010) señala que el acrónimo nini fue acuñado por sociólogos españoles y hace referencia a jóvenes de entre 18 y 34 años cuyo rasgo distintivo es que ni tienen acceso a la educación ni al trabajo formal. Bastidas Colinas (8 de diciembre de 2009) hace hincapié en la condición marginalizada de dichos jóvenes cuando menciona “[...] son jóvenes que aplican a trabajos y a universidades. Que hacen filas, que llenan formularios, que acuden a entrevistas, a exámenes, a oposiciones, a concursos, pero que sólo reciben negativas. Sotelo (4 de abril de 2010), columnista del diario El Paso, relata que el acrónimo nini se publicó por primera vez en el diario español El País en una nota titulada: ‘Generación ni-ni; ni estudia ni trabaja’ (Téllez, 2011: 84).

El acrónimo viaja hasta América Latina, pronto llega a México y los *ninis* empiezan a contabilizarse como tales y a convertirse en un problema visible en el país. Los *ninis* en México han alcanzado una relevancia sorprendente, no solo por su magnitud sino porque han sido estigmatizados (al igual que en todo el mundo), considerados detonantes de otra serie de problemas sociales, como la posibilidad de “ser la bolsa de trabajo del narcotráfico” (palabras del rector de la universidad mexicana más importante, José Narro Robles, citadas en Téllez, 2011: 85; Baron, 2011); o bien, son considerados los “culpables” hasta que muestren su inocencia; o los “buenos para nada” porque no estudian ni trabajan; o se les percibe como una “amenaza” para la democracia, ya que no creen en nada pero se oponen a todo (Rodríguez, 2012: 57).

A través de esta mirada de estigma se olvidan los requerimientos necesarios para resolver la problemática estructural en la que estos jóvenes están inmersos: la poca generación de empleos, las desventajas laborales y personales que se acrecientan cuando pasan mucho tiempo buscando empleo o las malas condiciones laborales que tienen cuando han logrado insertarse en el mercado, y tampoco se menciona la incapacidad de una parte del sector educativo para retenerlos en sus aulas.

Estos jóvenes y adolescentes que no se reportan como económicamente activos y que tampoco asisten a la escuela, según la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) (INEGI, 2015), llevan a cabo otras actividades al interior de su comunidad o de su unidad doméstica. Los quehaceres domésticos y los servicios a la comunidad son las tareas que más practican: 97 por ciento de las mujeres y 66 por ciento de los varones. Según esta fuente, dichos jóvenes que no estudian ni trabajan sí tienen responsabilidades domésticas al interior del hogar. La categoría de “servicios a la comunidad” prácticamente no la reportan, pero el cuidado de niños y enfermos involucra mucho más a las mujeres que a los varones. En tanto que con esta encuesta no es posible revisar a profundidad la intensidad con la que realizan tales ocupaciones, el uso de la ENUT,⁴ en cambio, permite adentrarse en la distribución de su tiempo y, en consecuencia, entender si las tareas que los jóvenes realizan fuera del trabajo y la escuela inhiben su incorporación a estas esferas.

La década de los años setenta marca un antes y un después en la dinámica migratoria entre México y Estados Unidos. En efecto, de acuerdo con los datos del Consejo Nacional de Población (CONAPO, 2016), entre 1960 y 1970 la pérdida

⁴ Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo.

anual de población por concepto de emigración internacional se ubicó en alrededor de 28 mil personas.

En la siguiente década, esta magnitud creció aproximadamente cuatro veces, pues la emigración anual estimada pasó a cifras que se sitúan entre las 120 mil y las 150 mil personas que dejaron el país para ir a vivir de manera permanente a Estados Unidos de América.

Para el decenio que va de 1980 a 1990, la pérdida neta anual por migración internacional, de forma predominante hacia Estados Unidos, se ubicó en un promedio anual aproximado entre las 210 mil y las 260 mil personas. Después, en el primer quinquenio de 1990 la cifra se elevó a 300 mil migrantes anuales, mientras que en el segundo quinquenio de esa década se incrementó aún más, a un promedio de 360 mil personas al año, número que llegó a su nivel récord entre los años 2000 y 2005, con 400 mil migrantes anuales (CONAPO, 2016).

Un país en constante movimiento

De acuerdo con cifras del CONAPO (2016), de los 2,453 municipios que había en el país en el año 2010, únicamente 93 municipios no tenían registros de población migrante hacia Estados Unidos; esto significa que 96 por ciento de los municipios del país tiene al menos a una persona que ha decidido ir a vivir de manera permanente a esa nación.

Con datos de 2010 se estima que la población residente en Estados Unidos, que nació en México, ascendía casi a 12.3 millones de personas; sin embargo, si a ellas se suma la cantidad de personas que son descendientes de las y los inmigrantes en Estados Unidos, la cifra se eleva a 34 millones de personas de origen mexicano de primera y segunda generación que radican de forma permanente en el país vecino del norte.

Lo anterior ha llevado a que la población de origen mexicano sea, por nacionalidad, la primera mayoría inmigrada en Estados Unidos, y también la primera minoría en el marco de las comunidades denominadas como “hispanas” en ese país.

Las magnitudes regionales

A pesar de que, como ya se dijo, todo el territorio nacional presenta flujos migratorios internacionales relevantes, hay regiones que típicamente han mostrado una tendencia

histórica de alta migración. La principal es la denominada “región centro-occidente” o “de migración tradicional”, integrada por las entidades federativas de Guanajuato, Michoacán, Jalisco, Zacatecas, San Luis Potosí, Durango, Aguascalientes, Nayarit y Colima. Estas nueve entidades concentran a prácticamente 50 por ciento del total de las personas emigradas del país, destacando, en términos absolutos, el estado de Guanajuato, de donde, según datos del INEGI, en 2010 salieron 119,706 personas para ir a buscar un mejor destino hacia Estados Unidos; con esta cifra mayúscula la entidad concentró 10 por ciento del total de las personas que emigraron ese año.

En segundo lugar en magnitud se encuentra el estado de Jalisco, con un número de 86,152 emigrantes; en tercer lugar está Michoacán, con 85,175; en cuarto, el Estado de México, con 75,694; y en quinto y sexto sitio, Veracruz y Oaxaca, con totales de 62,720 y 58,913 emigrantes, respectivamente (INEGI, 2010).

Como puede apreciarse, de acuerdo con los datos del INEGI, estas entidades concentraron 50 por ciento del total de las personas emigrantes que cruzaron la frontera para ir a trabajar hacia Estados Unidos en el año 2010.

Una realidad local

Según se mencionó antes, la migración tiene expresiones regionales y territoriales diferenciadas, pues si bien en términos de magnitudes existe una muy alta representación de algunas entidades en el fenómeno migratorio, también es cierto que en algunas localidades la migración está provocando cambios demográficos muy fuertes, en función del tamaño de las mismas.

Así, al considerar el peso relativo de la migración a la luz de la recepción de remesas, así como de la presencia de hogares con migrantes de retorno, el CONAPO generó el Índice de Intensidad Migratoria Municipal 2010, del cual se desprende, por ejemplo, que los 50 municipios con más alta intensidad migratoria se ubican en once entidades. En este conjunto destaca que 17 se encuentran en el estado de Oaxaca; 11, en Michoacán; cinco, en Guanajuato; cuatro, en las entidades de Querétaro, Zacatecas e Hidalgo, respectivamente; y uno en cada uno de los estados de Aguascalientes, Durango, Jalisco, Nayarit y San Luis Potosí (CONAPO, 2016).

La población joven que se va

Una de las características de la migración mexicana hacia Estados Unidos en las últimas fechas es que, a diferencia de lo que ocurría en las décadas de los setenta y todavía en los años ochenta, la población que está decidiendo marcharse es la más joven. Lo anterior, explican algunos expertos, va de la mano con un acelerado crecimiento de las personas en edad de trabajar en el país, así como con la imposibilidad para millones de ellas de acceder a empleos con salarios dignos y en condiciones de formalidad.

De esta manera, de acuerdo con los datos de CONAPO (2016), la población joven emigrante de origen mexicano en Estados Unidos creció de 2.5 millones en 1996 a 3.6 millones en 2006; y a casi cuatro millones de jóvenes entre los 12 y los 29 años de edad. Tal magnitud sitúa a dicha población como la más numerosa entre las poblaciones migrantes jóvenes en aquel país, pues, de acuerdo con los datos del Buró del Censo de Estados Unidos, este grupo representa 34 por ciento del total de la población emigrada en el segmento de edad señalado.

Otro dato a destacar es que entre las y los mexicanos jóvenes, la mayor concentración se sitúa entre los 24 y los 29 años de edad, es decir, una de las etapas de mayor capacidad productiva en el ciclo de la vida laboral; así, de los 3.6 millones de jóvenes en el segmento etario contabilizados en 2006, había 1.6 millones en el grupo señalado de los 24 a los 29 años de edad, o sea, el 52 por ciento del total.

El segundo grupo se ubicó entre los 18 y los 23 años de edad, con un millón de jóvenes emigrados a la Unión Americana, los cuales representan casi 35 por ciento del total; mientras que el resto se halla en el grupo de adolescentes de 12 a 17 años de edad, el cual suma un total de 517 mil adolescentes que deberían estar o bien en la educación secundaria o en la preparatoria en nuestro país (CONAPO, 2016).

No estudiar ni trabajar en Toluca, entonces ¿irse?

En el Estado de México, según la *Encuesta Estatal de la Juventud 2013-2014* aplicada por el Instituto Mexiquense de la Juventud (IMeJ, 2014), 48 por ciento de los jóvenes se encuentra estudiando; por su parte, en la Zona Metropolitana del Valle de Toluca,⁵ 71 por ciento es estudiante (IMeJ, 2014).

⁵ Este trabajo analiza la ciudad de Toluca pero a fin de contextualizar se proporcionan datos de la Zona Metropolitana del Valle de Toluca.

Para 2010, en la ciudad de Toluca había 329,317 jóvenes,⁶ de los cuales 49.29 por ciento estaba constituido por hombres y 50.71 por ciento, por mujeres. Según el nivel de escolaridad, la población joven se concentra en secundaria, con 53 por ciento; le siguen los jóvenes con formación profesional, con 35; y los de preparatoria, con casi 22 por ciento (INEGI, 2015).

En el país, el grado promedio de escolaridad es de 8.6 años para 2010, lo que significa un poco más del segundo de secundaria. Para el Estado de México, el promedio es de 9.1 años de escolaridad, es decir, el tercer año de secundaria (INEGI, 2010), mientras que para Toluca es de diez años (CONEVAL, 2010). Entre las dificultades que enfrentan los jóvenes para permanecer en la escuela, están la falta de disponibilidad económica y acceso a transporte, escaso interés por los contenidos, por mencionar algunas.

Asimismo, el insertarse a la vida laboral implica adquirir experiencia, relaciones sociales y remuneración económica para satisfacer necesidades que inciden en su calidad de vida y bienestar. En México, para el segundo trimestre de 2015, la población joven ocupada es de 48.55 por ciento y para el Estado de México, de 45.46 (INEGI, 2015). En la Zona Metropolitana del Valle de Toluca, entre 2013 y 2014, trabajaba 22 por ciento de esta población (IMej, 2014).

Por otra parte, durante el ciclo escolar 2013-2014, en la Zona Metropolitana del Valle de Toluca, siete por ciento de los jóvenes no estudiaba ni trabajaba (IMej, 2014). Respecto del tiempo que tenían sin estudiar, cuatro por ciento respondió que llevaba de uno a tres meses; seis por ciento, de cuatro a seis meses; diez por ciento, de seis meses a un año; y 77 por ciento contestó que un año o más (IMej, 2014). Cifras que indican que un gran número de jóvenes tiene un lapso considerable fuera de la escuela. Del total de éstos, diez por ciento lleva intentando regresar a las aulas menos de un mes; 29, de uno a tres meses; siete por ciento, de cuatro a seis meses; nueve por ciento, de seis meses a un año; y 45 por ciento ha tratado un año o más (IMej, 2014). Tales resultados destacan la necesidad de los jóvenes de insertarse en el ámbito educativo, y que, por distintos motivos, no obtienen una respuesta favorable.

Respecto al empleo en la Zona Metropolitana del Valle de Toluca, el 22 por ciento de los jóvenes está buscando empleo, de los cuales 24 por ciento tiene menos de un mes en la búsqueda; 39, de uno a tres meses; cuatro por ciento, de cuatro a seis meses; seis por ciento, de seis meses a un año; y 12 por ciento lo intentó un año o más (IMej, 2014).

⁶ Cálculos elaborados para la ciudad de Toluca a partir de los datos arrojados en la ENOE durante el primer trimestre de 2015.

El retorno vuelve a enfrentar a la no educación y el no trabajo

La proporción de desempleo de la población joven migrante retornada es preocupante, principalmente si se considera el contexto del empleo juvenil en México, sus regularmente precarias condiciones y la dificultad para insertarse y mantener una trayectoria estable en el mercado laboral. Condiciones todas que vuelven necesario evaluar las características educativas y laborales de los jóvenes migrantes retornados de 15 a 29 años, con la finalidad de diseñar e implementar planes y programas encaminados a la solución de esta problemática.

Dentro de los años analizados, 2000, 2010 y 2015, se registró un número de 120 mil retornados de 15 a 29 años; en 2010 se incrementó hasta 300 mil y para 2015 fue de 275 mil (CONAPO, 2016). En términos de volúmenes, esta población representa alrededor de 30 por ciento del total de la población retornada. No hay que perder de vista que en este margen de edad la educación es clave en su formación y la consecuente incorporación al trabajo.

Ante la coyuntura actual donde las políticas migratorias de los Estados Unidos se han recrudecido, resulta fundamental para el gobierno mexicano construir puentes de colaboración con iniciativas que trabajen de la mano con las juventudes migrantes a fin de atender sus necesidades, retos y áreas de oportunidad.

Consideraciones finales

Estamos conscientes de que aún es necesario la integración de trabajos de corte cualitativo que nos permitan entender y comprender las dinámicas que enfrentan, dentro y fuera de su hogar, los jóvenes que no estudian ni trabajan, y discernir que el fenómeno no es exclusivamente urbano, sino que se presenta en las localidades rurales y también de forma diferenciada, ya que el transitar a la adultez tiene diferentes significados, dependiendo de los roles que tienen las mujeres dentro de la localidad. Además, todavía es un campo muy amplio en el análisis demográfico, dado que estimar el tiempo en el que se es *nini* es determinante para darnos una idea de cómo funciona este fenómeno.

Es importante resaltar que, a partir de este análisis, creemos que no es pertinente hablar de los jóvenes que no estudian ni trabajan como un fenómeno generalizado, por lo tanto, se requiere de políticas segmentadas que respondan a necesidades dife-

rentes, ya que no es lo mismo tener un hijo y dedicarse a los quehaceres domésticos, que no encontrar empleo, tener como escolaridad mínima primaria y vivir en casa de los padres. Es un concepto en construcción que demanda ser revisado y discutido a la vista de otros conceptos, siendo necesario siempre especificar sus características, para no caer en imprecisiones con juicios que no corresponden a las cifras en sí, ni a la realidad que experimentan millones de jóvenes.

La migración y los procesos de movilidad entre la población joven tienen su correlato con la crisis económica que hoy, y desde hace varios años, impacta las coyunturas sociales, políticas, culturales, crisis que, entre otros fenómenos, se traduce en una disminución dramática de fuentes laborales dignas en el mercado de trabajo, cercenando con mayor intensidad las posibilidades de inserción de grupos particularmente vulnerables, como la población joven. Las respuestas inmediatas se tradujeron en la intensificación de la migración y la movilidad; la aceleración de los flujos migratorios interestatales, ahora direccionados a entidades del norte del país; y con mayor intensidad, en los últimos años, de los flujos migratorios internacionales. Al mismo tiempo, ante las crisis tanto políticas como económicas que también se han hecho presentes en Estados Unidos, el retorno de esa población joven no hace sino reproducir el ciclo de exclusión al que está expuesta.

Fuentes consultadas

- Baron, Stephen (2011), “Street youth, unemployment, and Crime: Is it that simple? Using general strain Theory to untangle the relationship”, en *Canadian Journal of Criminology and Criminal Justice*, año 50, num. 2, Toronto: University of Toronto Press.
- CONAPO [Consejo Nacional de Población] (2011), “¿A qué se dedican los jóvenes en México? Análisis de la condición de actividad de los jóvenes de 14 a 29 años”, en *La situación demográfica de México 2011*, Ciudad de México: CONAPO.
- CONAPO (2016), “Características, tendencias y causas de la migración de niñas, niños y adolescentes desde, hacia y en tránsito por México, 2011-2016”, en *La situación demográfica de México 2016*, Ciudad de México: CONAPO.
- De Oliveira, Orlandina (2006), “Jóvenes y precariedad laboral en México”, en *Papeles de Población*, año 12, núm. 49, Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.

- Eurofound, Marie (2012), *NEETS Young people not in employment, education or training: Characteristics, cost and policy responses in Europe*, Luxemburgo: European Foundation for the Improvement of Living and Working Conditions.
- Gandini, Luciana (2004), “La exclusión laboral juvenil en Argentina. Propuesta de una tipología para su análisis”, en *Papeles de Población*, año 10, núm. 42, Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1998), “Participación femenina en los mercados de trabajo”, en *Revista Trabajo*, año 1, núm. 1, Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- García, Brígida y Edith Pacheco (2000), “Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la Ciudad de México en 1995”, en *Estudios Demográficos y Urbanos*, año 15, núm. 1, Ciudad de México: El Colegio de México.
- Goldani, Alicia (2001), “Las familias brasileñas y sus desafíos como factor de protección al final del siglo xx”, en Cristina Gómez (comp.), *Procesos sociales, población y familia*, Ciudad de México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales / Miguel Ángel Porrúa.
- IMJUVE [Instituto Mexicano de la Juventud] (2012), *Encuesta Nacional de Juventud 2012*. Disponible en línea: https://www.imjuventud.gob.mx/imgs/uploads/5_ENJ_2010_-_DF_VF_Mzo_29_MAC.pdf (consultado el 8 de abril de 2017).
- IMEJ [Instituto Mexiquense de la Juventud] (2014), *Encuesta Estatal de Juventud, Estado de México*, Toluca: IMeJ. Disponible en línea: <https://cojetac.wordpress.com/2014/09/15/encuesta-estatal-de-la-juventud-edomex-2014/> (consultado el 25 de febrero de 2017).
- INEGI [Instituto Nacional de Geografía y Estadística] (2010), *Censo de Población y Vivienda 2010*, Aguascalientes: INEGI.
- INEGI (2015), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*, primer trimestre, Aguascalientes: INEGI. Disponible en línea: http://www.inegi.org.mx/est/lista_cubos/consulta.aspx?p=encue&c=4 (consultado el 20 de marzo de 2017).
- Lozano Urbietta, María Iciar (2003), “Nociones de juventud”, en *Última Década*, año 11, núm. 18, Valparaíso: Centro de Estudios Sociales. Disponible en línea: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22362003000100002 (consultado el 2 de marzo de 2017).

- Margulis, Mario, Teresa Rendón y Mercedes Pedrero (1981), “Fuerza de trabajo y estrategias de supervivencia en una población de origen migratorio: colonias populares de Reynosa”, en *Revista Demografía y Economía*, 47, año xv, núm. 3, Ciudad de México: El Colegio de México.
- Margulis, Mario y Marcelo Urresti (1998), “La construcción social de la condición de juventud”, en Humberto Cubides (ed.), *Viviendo a toda: jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, Santa Fe de Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Disponible en línea: http://mountainbike.com.co/wpcontent/uploads/2015/12/mario_margulis_y_marcelo_urresti_-_la_construccion_social_de_la_condicion_de_juventud_urresti.pdf (consultado el 12 de agosto de 2017).
- Moreno Mínguez, Almudena *et al.* (coords.) (2012), *La transición de los jóvenes a la vida adulta. Crisis económica y emancipación tardía*, Colección de Estudios Sociales, núm. 22, Barcelona: Obra Social La Caixa. Disponible en línea: https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Boletin_ECOS/27/transicion_jóvenes_vida_adulta.pdf (consultado el 26 de septiembre de 2017).
- Naciones Unidas (1994), *Notas para el estudio económico para América Latina 1990*, Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Rendón, Teresa y Mercedes Pedrero (1981), “La mujer trabajadora”, en *Cuaderno núm. 15*, Ciudad de México: Instituto Nacional de Estudios del Trabajo.
- Rodríguez, Ernesto (2012), “Jóvenes que no estudian ni trabajan en América Latina: entre la estigmatización y la ausencia de políticas públicas”, en *Pensamiento Penal*, año 11, núm. 138, Buenos Aires: Sistema Argentino de Información Jurídica. Disponible en línea: <http://new.pensamientopenal.com.ar/sites/default/files/2012/02/ninez03.pdf> (consultado el 18 de septiembre de 2017).
- SEDESOL [Secretaría de Desarrollo Social] (2016), *Informe Anual Sobre La Situación de Pobreza y Rezago Social*, Ciudad de México: SEDESOL. Disponible en línea: <https://www.gob.mx/sedesol/documentos/informe-anual-sobre-la-situacion-de-pobreza-y-rezago-social> (consultado el 18 de septiembre de 2017).
- Szasz, Ivonne (1993), *Migración temporal en Malinalco. La agricultura de subsistencia en tiempos de crisis*, Ciudad de México: El Colegio de México / El Colegio Mexiquense.
- Téllez Velasco, Daniel (2011), “Jóvenes nini y profesionistas titi: la estratificación letrada del desempleo”, en *Revista El Cotidiano*, año 26, núm. 169, Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana- Unidad Azcapotzalco.

Urcola, Marcos (2003), “Algunas apreciaciones sobre el concepto sociológico de juventud”, en *Invenio: Revista de investigación académica*, año 6, núm. 11, Rosario: Universidad del Centro Educativo Latinoamericano. Disponible en línea: <http://www.redalyc.org/pdf/877/87761105.pdf> (consultado el 18 de septiembre de 2017).